

## NECROLOGÍA

### MARGHERITA MORREALE (1922-2012)

María Jesús Torrens Álvarez  
Consejo Superior de Investigaciones Científicas

Margherita Morreale murió el 18 de septiembre de 2012 en su casa de Padua, tras toda una vida consagrada a la Filología. Su obra científica gozó siempre del reconocimiento unánime del hispanismo internacional, a pesar de que su carácter pudoroso la hiciera prodigarse poco en los círculos académicos.

Como ella misma señala en la “Presentazione” de sus *Escritos escogidos de lengua y literatura española* (Gredos, 2006), homenaje que en forma de selección de artículos le prepararon José Luis Rivarola y José Pérez Navarro, su biografía permite comprender mejor los temas de sus investigaciones y la manera de abordarlos. Por eso, desde el más profundo respeto, me atrevo a ofrecer aquí algunas notas de su vida y su personalidad que al conocedor de su obra le servirán para obtener una visión más completa de la insigne filóloga.

Conocí a Margherita Morreale en el otoño de 1993, siendo yo becaria de doctorado y ella, profesora de la Universidad de Padua en el año previo a su jubilación. Estaba contenta porque la iba a suceder en la cátedra el profesor José Luis Rivarola, persona inteligente, trabajadora y rigurosa, según sus propias palabras. Doña Margherita me había dicho que me había reservado una habitación en una residencia de la universidad, pero no era así: mi estancia de investigación la iba a pasar alojada en su casa. Disimulando a duras penas mi pavor, intenté rechazar su oferta con diferentes argumentos y, como último recurso, le puse como condición pagarle un alquiler: “Mire, si no quiere quedarse aquí, puede usted volverse a España”, me espetó molesta, y así quedó zanjada la discusión. Finalmente, mi “pago” fue colaborar en la transcripción de *Proverbios* de la Biblia Esc. I.1.6 y, de vuelta en España, una descripción codicológica y paleográfica del manuscrito, trabajos que me dieron la oportunidad de conocer uno de los más importantes testimonios del castellano de me-

diados del siglo XIII, al que Morreale dedicó muchas de sus mejores páginas. Durante los veinte años siguientes a aquel desconcertante primer encuentro, mantuvimos una relación que me atrevo a calificar de amistad. No dejé de recibir sus cartas, en los últimos años escritas por otros al dictado, pero firmadas de su mano, y yo no dejé de visitarla en mis escapadas a Italia, la última, seis meses antes de su fallecimiento.

Los que hemos tenido la fortuna de tratarla de cerca hemos quedado marcados por su magisterio, un magisterio que le gustaba ejercer a la manera socrática y platónica, mediante el diálogo y la mayéutica con el discípulo para ayudarle a recorrer el camino que lleva del asombro al conocimiento. Junto a los paseos por las colinas de Padua en busca de castañas, la visita al monasterio benedictino de San Giorgio Maggiore, su lugar preferido en Venezia, un viaje a Roma a la Accademia dei Lincei, de la que era miembro, o la contemplación del mar desde lo alto de las montañas malagueñas, fueron muchas las conversaciones que mantuvimos y que estrecharon una relación distante en las formas: ella siempre me trató de usted y yo no llegué a vencer del todo mi timidez.

No le gustaban mucho los regalos, y mis únicos aciertos fueron alguna edición o libro de estudio; era, en cambio, una persona generosa. Siempre ofrecía a sus amistades las viviendas de Padua y de Málaga, y cuando su fiel asistente, Anna, ya no pudo seguir ocupándose de los quehaceres domésticos, contrató a otra persona para que las atendiera a ambas. Faceta menos conocida del carácter de Margherita Morreale era su sentido del humor y la facilidad con que se reía de sí misma. Me viene a la mente una anécdota de aquel otoño de 1993. Margherita debía ir a declarar al juzgado por un tirón de bolso que había sufrido unas semanas antes. Habían atrapado al ladrón y ella temía que colegas o familiares del detenido pudieran identificarla, por lo que decidió ocultar en lo posible su aspecto físico. La tarde anterior la pasamos rebuscando ropa vieja en el trastero y reímos a carcajadas con los diferentes modelos que se fue probando. Finalmente se decidió por un abrigo largo, una especie de pamelita y unas enormes gafas de sol de los años 60. Al día siguiente, a la vuelta del juzgado, lloraba de la risa mientras nos contaba que la habían hecho aguardar en una sala de espera abarrotada de gente, y que habían anunciado su nombre por megafonía en dos ocasiones. Desde luego, una mujer alta, grande y ataviada de esa guisa no debió de pasar muy desapercibida.

Un sentimiento que todos cuantos la tratamos hemos experimentado en numerosas ocasiones es la perplejidad cuando, desde su extrema honestidad y sincera humildad, te preguntaba la opinión sobre la lectura de un manuscrito, la interpretación de un verso o la calidad de trabajos propios y ajenos. Y es que Margherita Morreale agradecía cualquier mínima observación, viniera de quien viniera, que le permitiera cumplir con la autoexigencia de su quehacer científico; la ofendía, en cambio, la falta de rigor, y no lo ocultaba en sus juicios, a

veces severos. Su preocupación por el avance en el conocimiento humanístico se manifestaba por igual en el reconocimiento y en la crítica de las ediciones y estudios que llegaban a sus manos, de los que reseñó más de cincuenta.

El rigor lo adquirió desde niña gracias, según ella misma decía, a su educación germánica en Viena, donde su padre estaba destinado como diplomático. Sus estudios medios en el Humanistisches Mädchengymnasium vienés le permitieron conocer la cultura clásica y adquirir unos hábitos de constancia y exhaustividad en el estudio que sentaron las bases de su proceder investigador. Su trayectoria vital la llevó a conocer diferentes lenguas, con el consiguiente desarrollo innato de un método filológico comparativo que después aplicó a todos sus trabajos, la mayoría relacionados con los mecanismos y efectos de la traducción y de la transmisión de los textos, así como de un estilo de escritura cuidado, pero preciso y alejado del ornato superfluo. De la lectura de los clásicos grecolatinos nos dice (Morreale, 2006: 9): “*apprezzi il metodo moderno, gesuistico in origine, della lettura delle lingue classiche senza il continuo ricorso al dizionario, e che per gli elaborati in lingua esigevo uno schema previo da seguire con cura*”. Completó su formación preuniversitaria en los Estados Unidos, donde aprendió a escribir en inglés y a extender el arco del discurso lógico “*senza l’aiuto costante dei nessi subordinanti*”. El estudio del francés era preceptivo en la familia, y aunque en casa se hablaba el italiano, la procedencia milanesa del padre y siciliana de la madre le permitió a Margherita entrar en contacto con estas variedades. Durante su juventud en Málaga, donde siguió pasando los veranos hasta poco antes de su muerte, aprendió el español y el andaluz coloquial hablado por personas iletradas, lo que ella valoraba de esta manera: “*L’essermi impadronita dello spagnolo sin da questo livello mi aiutò a penetrarne lo sviluppo storico e ad immedesimarmi con el dettato medioevale e classico della scrittura*”.

De vuelta a Italia, se licenció en Milán y obtuvo su primera cátedra en Bari, de donde pasó seis años después a Padua. Como ella misma relata, fue precisamente en la universidad de Bari, a través de cuyos estudiantes pudo entrar en contacto con nuevos dialectos del sur, donde recibió la invitación para escribir un capítulo para la *Cambridge History of the Bible* y otra de los Institutos Italiano y Español de Londres para hablar de “Dante en España”, los dos temas, Biblia y Humanismo español, que aglutinan la mayor parte de su extensa obra.

Los datos cuantitativos de su producción son abrumadores, con siete libros y cerca de trescientos artículos, pero lo son aún más si se tiene en cuenta la originalidad de cada aportación. El Renacimiento español y su prolongación en la literatura áurea fue, como decía, una de sus grandes pasiones. Dotada de esa especial perspicacia para el análisis filológico y lingüístico, escudriñó las fuentes clásicas e italianas de Encina, Lucena, Boscán, Villalón, Fray Luis, Herrera,

Quevedo o Gracián. Al poeta y religioso agustino le dedicó 1.300 páginas en su *Homenaje a fray Luis de León*, publicado en 2007 por la Universidad de Salamanca como parte del Premio Internacional Elio Antonio de Nebrija que Morreale compartió con Pierre Vilar en 1996.

Los procedimientos de la traducción revelados por el cotejo sistemático del texto con su fuente y de los distintos pasajes del texto entre sí fueron objeto predilecto de su atención, no solo en los autores renacentistas y barrocos antes citados, sino en su otro gran universo de investigación: la Biblia (“Traducción de traducciones, la Sagrada Escritura lleva el sello de todos los que la han trasladado”, decía en “Biblia romanceada y Diccionario Histórico”, 1961) y más concretamente, los romanceamientos bíblicos medievales. A Morreale se deben detallados estudios de gran parte de los manuscritos escurialenses y de la Biblioteca Nacional de España transmisores de las vulgarizaciones de los textos bíblicos, entre los que enseguida destacó el ya citado Esc. I.1.6, así como minuciosos cotejos del texto castellano con el latino de la Vulgata —para ella, único medio para comprender y establecer críticamente el romance— y análisis de las relaciones de los romanceamientos con la *General Estoria* alfonsí, esbozadas anteriormente por Solalinde. La importancia de las versiones bíblicas vulgares en la historia de la lengua, principalmente en lo que al léxico se refiere, dio lugar a diversos artículos y a una serie de adiciones y apostillas al *Diccionario crítico etimológico de la lengua castellana* de Joan Corominas, publicadas entre 1961 y 1973 y escritas desde la responsabilidad de quien desea contribuir a la mejora de obras especialmente valiosas.

Otra senda apenas transitada en España hasta los trabajos de Margherita Morreale es la que lleva de la lingüística diacrónica a la edición y de la edición a la lingüística diacrónica, tomando siempre como fundamento los textos y sus fuentes, e incardinando todos los aspectos como componentes inseparables del quehacer filológico. En el marco del ideado proyecto de edición en paralelo del texto romance y el latino subyacente desarrolló reflexiones y propuestas sobre cuestiones grafemáticas (por ejemplo, “Graffías latinas y graffías romances: a propósito de los materiales “ortográficos” en el último tomo de la edición crítica de la Vulgata”, 1974, o “La ortografía como tropiezo”, 1998), sobre la unión y separación de palabras (“Para la transcripción de textos medievales: el problema llamado «de la unión y separación de palabras»”, 1975), la acentuación (“Acentuación de textos medievales (ejemplificado por el ms. Esc. I.1.6 del siglo XIII)”, 1977), la puntuación (“Problemas que plantea la interpunción de textos medievales, ejemplificados en un romanceamiento bíblico del siglo XIII (Esc. I.1.6)”, 1980), o sus “Sugerencias para la edición de las partes latino-castellanas del romanceamiento de Esc. I.1.4” (1986), propuestas todas que tienen como fin último la intelección completa del texto y el hacerlo comprensible a los lectores.

Su relación con el CSIC y con la *Revista de Filología Española* fue larga y fructífera. En 1949, con 27 años, publicó como Anejo 51 su *Pedro Simón Abril*, obra pionera en el estudio del humanismo español. Miembro del Consejo Asesor de la *RFE* desde 1994, fueron diecisiete sus contribuciones, la primera, “Sobre algunas acepciones de *extraño* y su valor ponderativo” (1952), y la última, “La *Salve Regina* en las Doctrinas cristianas y cartillas del s. XVI” (2004), además de una reseña al *Diccionario panhispánico de dudas* (2007). Impartió durante años su magisterio en el Curso de Verano del CSIC que se celebraba anualmente en Málaga, ciudad tan querida para ella, y de paso por Madrid, solía acercarse a la biblioteca de Filología, sin olvidarse nunca de saludarnos a Pilar García Mouton y a mí. Se alegró sinceramente de mi incorporación al CSIC, que aprovechó para que, de vez en cuando, siguiera consultando por ella el viejo fichero lexicográfico concebido por Menéndez Pidal y dirigido por Américo Castro —mucho más completo para el periodo medieval que el fichero de la Academia, decía Morreale—, cuando ya nadie recordaba qué materiales eran aquellos. No llegó, en cambio, a desenvolverse con soltura en la consulta de los entonces incipientes corpus electrónicos.

Morreale nunca permaneció ajena al progresivo abandono de las disciplinas humanísticas. En su *Homenaje a Fray Luís* leemos: “el auge de la investigación científica limita el alcance de un saber retrospectivo como el filológico y humanístico; pero ¿ha de menguar por esto el reconocimiento de los valores que los sabios y poetas del pasado nos han transmitido, con su capacidad de contemplación del entorno?”. En sus esfuerzos por contrarrestar esa pérdida de las humanidades, puso en práctica dos máximas que repetía con frecuencia, una tomada de Unamuno: “¡Cuánto trabajo para ahorrar trabajo!”, y la otra propia: “Más vale percatarse de los problemas que ser feliz en la ignorancia”. Sirvan estas breves páginas como reconocimiento a su sabiduría, tesón y honestidad científica.